



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

HOMILÍA XVII DOMINGO TIEMPO ORDINARIO

04/VIII/2024

Muy apreciados hermanos:

Cada vez que venimos a la Santa Misa, fuente y cumbre de la vida cristiana, nos nutrimos de dos alimentos: el de la palabra y el del cuerpo de Cristo, sin los cuales difícilmente podremos llevar adelante nuestra vida espiritual, a semejanza del Señor, y llegar al cielo.

Y, precisamente, la liturgia de la palabra pone a nuestra consideración, el tema del seguimiento de Jesús, quien se presenta como alimento, pan que da la vida eterna.

- En su peregrinación por el desierto, nos relata la primera lectura, los israelitas se quejan a Dios, porque tienen hambre. Dios se compadece de ellos y les da un pan del cielo, al cual los israelitas llaman “Maná”. El maná es una demostración del gran amor de Dios por su pueblo y de su presencia siempre eficaz.

- El Evangelio de este domingo, que es continuación del anterior, nos dice que a pesar de que el Señor se retiró abruptamente después de la multiplicación de los panes, porque querían proclamarlo rey, la gente que ha comido por la multiplicación de los panes y los peces, lo buscan. Pero no lo buscan por sus enseñanzas o por ser el Mesías, sino porque se preocupan de la comida, del pan material. Jesús se los dice abiertamente: *“En realidad, ustedes no me buscan por los signos que han visto, sino por el pan que comieron hasta saciarse”* (Jn 6,26).

Es un fuerte reclamo que hace Jesús a sus seguidores, porque lo buscan no por lo que Él es: el mesías, el salvador; sino por lo que Él les puede proveer: las cosas materiales.

Nosotros podemos caer en esa tentación, pues podemos preocuparnos, excesivamente, por el pan de cada día y olvidarnos de las cosas más importantes de la vida. Jesús nos lo recuerda: no sólo de pan vive el hombre; trabajen no por el alimento que se termina, sino por el que perdura y da la vida eterna. Y ese alimento es Jesús, pan de vida eterna.

Jesús conoce nuestros problemas antes de que se los manifestemos, conoce nuestras necesidades materiales, nuestras preocupaciones, éxitos y fracasos, pues por ser Dios conoce lo más íntimo de cada uno de nosotros. Por eso nos invita a poner toda nuestra confianza en Él, en su Persona, en su gran Amor por nosotros. Él está con nosotros, está presente en nuestra vida, en cada momento, hoy y también mañana. Él nos prometió *“estaré siempre con ustedes...”* (Mt 28,20), *“vengan a mí, ustedes que están cansados y agobiados por la carga, que yo los aliviaré”* (Mt 11,28), *“no teman, tengan fe en mí...”* (Lc 8,50).

Podemos distinguir tres tipos de buscadores de Jesús:

- Hay personas para las cuales Jesús no representa mucho y sólo se acercan a la iglesia, por costumbre o tradición, para asistir - como si fuera un teatro- a una representación, a unos ritos que van marcando el proceso vital: el bautismo, la primera comunión, quizás el matrimonio, las exequias... Se trata de una religiosidad indefinida, limitada a unos ritos, que no se traducen en un compromiso de vida. Es la fe superficial de los creyentes sociológicos. Son cristianos sólo porque su nombre está escrito en el libro de bautismo de la parroquia.
- Otras personas se acercan a Dios en las urgencias, cuando tienen necesidad de algo, ante la inminencia de un examen, una entrevista de trabajo o un problema de salud. Una vez, superada la emergencia, Dios vuelve al depósito del olvido, donde se guardan las cosas que no se usan en la vida diaria, pero que pueden ser útiles algún día.
- En tercer término, hay personas que lo buscan honestamente: estudian, reflexionan, rezan, reciben los sacramentos, hacen comunión con el Espíritu Santo y llegan a la conclusión que es el ser que puede dar la felicidad que tanto buscan en su diario vivir.

Ojalá pertenezcamos a este último grupo. Si buscamos a Jesús por lo que es, viviremos con tranquilidad y serenidad, pese a lo que ocurra en nuestro entorno. Dios se encargará de darnos lo que necesitamos. Pero, si buscamos las cosas de Jesús y no lo buscamos a Él, corremos el riesgo de quedarnos sin Él y sin sus cosas, como Él mismo dijo: *“busquen el reino de Dios y su justicia y las demás cosas se les darán por añadidura”* (Mt 6,33).

Una manera de buscar sinceramente a Jesús es asistir a la Santa Misa con devoción genuina y recibirlo en la comunión. Muchos cristianos, lamentablemente, viven en casi permanente huelga de hambre: no vienen a misa, no comulgan. Menos del 3% de los católicos venezolanos van a misa el domingo.

Un católico que fue arrestado en la Rusia comunista por su fe, cuenta lo siguiente: *“en el refugio donde estaba yo, éramos todos católicos. Había entre nosotros un sacerdote. Y todos los domingos, con infinitas precauciones, cuando ya había dado el toque de queda, el sacerdote se levantaba, se ponía en el centro de refugio y, sobre unas tablas, celebraba la Santa Misa. Nosotros la seguíamos desde nuestras literas, sin hablar, y con un silencio profundo e impresionante. Allí no había nada. Solamente el sacerdote con un uniforme andrajoso de prisionero, un poco de pan y unas gotas de vino en su vaso. Era media hora terrible de tensión; pero también de profundo fervor religioso. Casi todos llorábamos silenciosamente. De aquella misa nocturna sacábamos energía para resistir los trabajos forzados, el hambre, los azotes y desprecios”*.

Una vez, hablando con un párroco que sólo celebraba la misa cuando tenía una intención y le ofrecían una colaboración económica, le animé que la celebrara con más frecuencia, y me respondió: no entiendo por qué algunas personas van a

misa casi todos los días, y le respondí: Primero: porque es la celebración del misterio pascual. Segundo: porque Jesús se hace realmente presente en las especies de pan y vino y se nos da como alimento. Y tercero: el día que conozcamos y apreciemos la eucaristía, como se merece, estarán más concurridas las misas de cada día. Asistir a misa con más frecuencia nos obligará mayormente a mostrarnos más cumplidores de nuestras obligaciones, más honrados, más generosos, nos pareceremos más Jesús.

Vayamos a Misa y acerquémonos confiados a Jesús, pan de la vida. En Él encontraremos la respuesta a todos nuestros interrogantes y en Él saciaremos todas nuestras insatisfacciones, porque Él es la plenitud de la verdad y el amor. *“El que viene a mí no tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed”* (Jn 6,35).

“La Santísima Virgen María, el amor a Ella, es el camino más fácil, más corto, más seguro y más fecundo para llegar a Jesucristo”, decía un Santo. Pidámosle a la Santísima Virgen que nos acompañe a buscar a Jesús, nuestro salvador y redentor. Así sea.

+ *Ángel Francisco Caraballo*
✠ Ángel Francisco Caraballo Fermín
Obispo de Caimas



Prot. 2024/154